

historiografía que se realiza por los intelectuales de habla inglesa. Y así, en *Las especias*, aparecen el médico Arnau de Vilanova; el mestre Robert (Robert de Noia), autor de un famoso recetario medieval; el polifacético médico de la Al-Ándalus del siglo X, Arib ibn Sa'id al-Katib al-Qurtubi; el viajero medieval Benjamín de Tudela; Rodrigo Sánchez de Arévalo, obispo de Zamora, que consideraba que los boticarios eran los que adulteraban las especias; el polígrafo franciscano medieval Juan Gil de Zamora; el médico Diego Álvarez Chanca; el geógrafo Martín Fernández de Enciso; san Isidoro de Sevilla; el médico y naturalista Cristóbal de Acosta; y otros, amén de personajes y obras de nuestra literatura clásica: don Juan Manuel, el pendenciero Arcipreste de Hita, Pero López de Ayala, Cervantes, etc.

En resumen, *Las especias* constituyen un sabroso libro, magníficamente editado, que contribuirá a conocer un mundo que tiene mucho de misterio y de mito.

Francisco Teixidó Gómez
teixidogomez@telefonica.net

El ojo del observador. Johannes Vermeer, Antoni van Leeuwenhoek y la reinención de la mirada

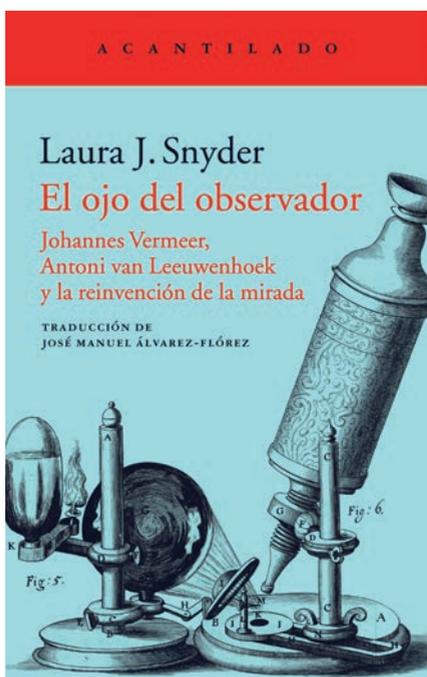
LAURA J. SNYDER

Traducción de José Manuel Álvarez-Flórez. Barcelona, Acontilado, 2015. 536 pp.

ISBN: 978-84-16748-58-7. PVP: 29 €

Laura J. Snyder (1964) es una historiadora que ejerció como docente de Filosofía durante más de cuatro lustros en la *St. John's University* neoyorquina. En 2015 escribió *El ojo del observador*, un espléndido libro que ahora ha sido traducido al castellano en una cuidada edición de Acontilado. La obra está llena de erudición, de afirmaciones basadas en una abundante bibliografía, de supuestos explicados con coherencia y todo con un lenguaje ameno que permite una lectura ágil del libro.

Ya desde el primer capítulo la autora nos muestra los ejes sobre los que gira la obra, la ciudad neerlandesa de Delf y las coincidencias entre dos personajes que en ella viven: un hombre de ciencia, Antoni van Leeuwenhoek, y otro del mundo del arte, Johannes Vermeer. Corre el año 1674 y "Vermeer está inclinado sobre una mesa, mirando a una caja de madera con una tapa de bisagras abierta, con su larga bata oscura tapándole la cabeza. En un extremo de la caja hay un tubo corto con una pieza de cristal pulido en forma de lenteja (de ahí su nombre, lente). En la parte de arriba



de la caja hay una pieza de cristal plano. Vermeer ha colocado el tubo con la lente dirigida hacia una escena que compuso junto a la gran ventana de la habitación, que tiene también los postigos abiertos de par en par” (p. 10).

Este párrafo es un resumen perfecto de la intensa unión, que se aprecia en todo el libro, entre la ciencia y el arte, entre las vidas convergentes de dos intelectuales, vidas que se juntan en la forma de ver las cosas y, por eso, el subtítulo del libro, *Johannes Vermeer, Antoni van Leeuwenhoek y la reinención de la mirada*, expresa, con extraordinaria precisión, su contenido. Vidas coincidentes en el tiempo y en el espacio pero de las que “no hay ninguna prueba fehaciente que demuestre que fuesen amigos, ni siquiera conocidos” (p. 25). No obstante, son biografías fuertemente interrelacionadas: viven en Delft a una distancia que tarda en recorrerse tres minutos caminando,

y entre otras cosas, ambos personajes conviven en una época científico-técnica “de creciente emoción por la óptica” (p. 151) que les hizo acercarse a este tipo de instrumentos para ver las cosas de otra forma, para ver lo desconocido a los ojos de los demás. Se destaca la importancia de la observación, porque se aprende a ver superando los defectos de la óptica pero, y muy especialmente, dándose cuenta de cómo influyen nuestras creencias básicas en lo que vemos. Y la relación entre los dos es aún más intensa porque, acaso, Vermeer es pintor del microscopista y el cuadro titulado *El geógrafo* no es más que el de su conciudadano Leeuwenhoek.

Vermeer es un hombre interesado por los conocimientos científicos y que manifiesta una obsesión, patente en sus últimos cuadros, de pintar mapas y globos terráqueos, algo que aprovecha Laura J. Snyder para enseñarnos lo mucho que sabe de la utilización de los mapas como decoración en la sociedad de Delft y su capacidad para identificarlos en los cuadros del pintor.

Además, se dieron muchas circunstancias para que se establecieran puntos de “contacto” entre ambos personajes, ya que el hecho de que cualquier artista, como Vermeer, comprara instrumentos como el “velo de Alberti”, podía relacionarlo con algún pañero al que adquirirle el material, y éste fue el oficio de Leeuwenhoek durante un tiempo, no obstante su interés por la ciencia: “había empezado a estudiar navegación, astronomía, matemáticas y filosofía natural hacia 1665” (p. 242).

Esta imbricación de ciencia y arte es resaltada por Laura J. Snyder en numerosas ocasiones: para entender la perspectiva se necesitaba algún conocimiento de las relaciones geométricas y así, por ejemplo, el pintor Rietwijck enseñaba matemáticas y dibujo; los pintores debían memorizar recetas que les permitieran hacer los colores para sus cuadros, eran una especie de alquimistas; en el siglo XVII los espejos formaban parte de las herramientas del pintor; la cartografía era, a la vez, considerada como ciencia y arte; los teatros anatómicos fueron utilizados como recintos de investigación tanto por artistas como por científicos, etc.

Sale a relucir la perspectiva en la pintura de Vermeer y el hecho de que en los textos latinos medievales “el término perspectiva se utilizaba para designar la ciencia de la óptica” (p. 117). Y es que para la autora Vermeer trasciende a la ciencia, porque “entendió, antes que los filósofos naturales y los ‘ópticos’, que la fisiología de nuestra percepción del color es tal que cuando la luz se intensifica cambia el tono” (p. 320), y además, “es indiscutible que en el siglo XVII algunos pintores hicieron amplio uso de lentes y espejos” (p. 140).

La cámara oscura por un lado -inventada siglos antes de que nacieran estos dos neerlandeses-, que necesitaba una lente en vez de una abertura para que fuera útil a los pintores, y el microscopio por el otro, pusieron de manifiesto características del mundo natural que estaban ocultas a la vista y que iban a descubrir estos dos personajes. Leeuwenhoek entró a trabajar en el establecimiento de un comerciante de telas (Davidson) que en esos años utilizaba cristal de aumento para comprobar el número de hilos y, consecuentemente, la calidad de las telas; este hecho cambió la vida del joven científico y transformó la ciencia porque se podían “examinar objetos a través de una lente convexa” (p. 88). Y como excelente pulidor de lentes que era, fabricó microscopios: 566 que oscilaban entre 69 y 266 aumentos, aunque su técnica le permitió construir aparatos con lentes esféricas hechas por él con los que magnificar los objetos unas 500 veces; con tino se recalca que, debido al aumento de las aberraciones cromáticas y ópticas, “hasta el siglo XIX la óptica del microscopio compuesto era peor que la del instrumento simple” (p. 306).

En *El ojo del observador* queda muy clara la importancia de instituciones científicas que tuvieron alguna relación con el microscopista, por ejemplo, la londinense *Royal Society*, corporación de la que la autora hace un perfecto resumen de sus primeros años y de lo mucho que influyó en que Leeuwenhoek realizara observaciones en todo tipo de materiales, biológicos o no.

Numerosos científicos aparecen a lo largo de toda la obra: Alhacen, Frisius, Roger Bacon, Kepler, Hooke, Galileo, Tycho Brahe, Steno, De Graaf ... y algún caso muy especial como la de la filósofa natural, y también poetisa inglesa, Margaret Cavendish, la primera mujer que asistió a una reunión de la *Royal Society* y que mereció los desprecios de una abanderada del feminismo internacional como Virginia Woolf, que la tildó de loca y de la que dijo que “malgastó su tiempo escribiendo tonterías” (p. 254).

Laura J. Snyder resalta claramente que, en la época de estudio, Delft era extraordinaria por casi todo: “en la década de 1650 Delft era ya conocida por la calidad de sus lentes, debida en parte a la excelencia del cristal que fabricaban las vidrierías locales” (p. 158) y “la fascinación por las lentes se extendía a toda la sociedad” (p. 158); nos cuenta la autora que los pintores y los filósofos naturales deseaban beneficiarse de instrumentos ópticos para entender y representar la naturaleza pero... especialmente en Delft (p. 207); la cartografía nació de un impulso a la hora de describir la naturaleza, “algo que era compartido por agrimensores, pintores, impresores y el público en general de los Países Bajos” (p. 330); asimismo, la mujeres de la República Neerlandesa tenían unos derechos no comparables a los que tenían las diferentes sociedades de Occidente (pp. 69-71) y un nivel de lectura y escritura semejante al de los varones, algo que no sucedía en el resto de Europa (p.154), etc.

He encontrado en este magnífico libro una imprecisión y una errata: escribe que el sistema traqueal de los gusanos de seda son “una serie de agujeritos que tiene en la piel” (p. 356), cuando esos orificios (estigmas) lo que hacen es conectar con las tráqueas del insecto; la errata se refiere al hecho de que si Leeuwenhoek muere el 26 de agosto de 1723 (lo que en verdad ocurrió) no puede ser enterrado el 21 del mismo mes (p. 441).

Echo de menos algunas otras ilustraciones que servirían para aclarar, para no tener que buscar en otros textos, la numerosa y precisa información que aporta la autora de este erudito libro. Finalmente, creo que es un error de la editorial la cubierta de la obra, imagen tomada de la *Micrografía* de Robert Hooke, que no representa ni al pintor ni al microscopista (que incluso desconocía el texto del británico) y esto teniendo en cuenta que he visto dos ediciones en inglés (*Eye of the Beholder*) en las que en la cubierta de *El ojo del observador* hay respectivamente dos cuadros de Vermeer (*El geógrafo* y *El astrónomo*) que personifican perfectamente la interrelación entre los personajes que estudia Snyder.

Francisco Teixidó Gómez
teixidogomez@telefonica.net

Filosofía vegetal. Cuatro estudios sobre Filosofía e Historia Natural

FERNANDO CALDERÓN QUINDÓS
Madrid, Abada editores, 2018. 268 pp, 2 h.
ISBN: 978-84-17301-11-8. PVP: 17 €

Qué grato es leer cuando, además de un fondo inteligente, bien documentado e intelectualmente provocador, el texto está escrito con una cuidada forma. Fernando Calderón nos ofrece un maravilloso regalo a todos los lectores interesados en el pro-